

# **Fósforos en manos de unos niños**



Carlos Manzano

# **Fósforos en manos de unos niños**

SEPTEN EDICIONES



*A Rosana*



TENGO FRÍO. ESTOY SOLA Y TENGO FRÍO, siento todo el frío del mundo a mi alrededor. Frío y silencio. Un silencio gélido que todo lo ocupa: las paredes blancas de la habitación, la calle que se desliza a través de la ventana, el lecho sagrado aún intacto, el suelo que hiela mis espaldas y mis glúteos.

Sin embargo, todavía resuenan en mi cabeza los sonidos inauditos de mis vísceras diluyéndose en una extraña mixtura de placeres y renunciaciones; aún puedo sentir mi piel arder como fuego, mi corazón latir al ritmo de los timbales, mi sexo bullir de alborozo y escándalo. Me dominaba entonces un calor incendiario, una erupción prodigiosa que se ha ido apagando poco a poco hasta desaparecer por completo, hasta dejarme vacía y sin vida.

Porque ya nada queda de todo eso. Porque ha muerto sin remedio.

He vivido un tiempo y un espacio propios; las calles, los sonidos, los ruidos indecorosos eran también míos, yo estaba en ellos porque el mundo entero me pertenecía. Hace apenas unos días todavía me sentía llena, inmensa, grandiosa, pero ahora sólo veo silencio; silencio y frío. Y ni siquiera tengo ganas de cubrirme, quizá porque la desnudez me describe tal como me siento: escasa y ajada.

Y así continuó, desnuda, para que el frío me destruya.

No quedan señales en mí. Sin embargo, durante las últimas semanas él ha ido y venido por mi cuerpo arrastrándome con la

fuerza de una cabalgadura. Y yo aullaba como una bestia enfebrecida, dominada y salvaje. Él se agarraba a mis muslos con la violencia de una tempestad, y yo lo recibía con la sumisión de una condenada a muerte. Porque él iba a ser mi muerte y mi tormento, y yo la víctima entregada sin remisión a su verdugo, vencida y humillada, pero gozosa. Ha sido una locura, una locura brutal y desmedida, pero sublime.

He vivido todos estos desvaríos con plenitud, y eso es algo que nunca negaré. Me he dado en cada grito, en cada ruego desoído, me he entregado hasta romperme en mil pedazos, hasta quebrarme como una estrella de rocío. Y eso tampoco lo echaré jamás al olvido. La renuncia ha sido mi seña y mi universo, el sufrimiento que me ha elevado hasta estancias nunca antes conocidas. Pero tras ese dolor no ha quedado nada, un dolor que, aun así, refulgía de gozo, que bramaba su tiranía de macho dominante, un dolor que me ha hecho feliz sin yo saberlo, feliz hasta destrozarme por completo.

Pero ahora sé que todo ha muerto. Lo sé ahora, rodeada de frío y silencio, perdida en la inmensidad de esta calma ensordecedora donde nada sucede. Sé que ya no nos quedan más oportunidades, después de que su última mirada terrible y profunda se me clavara en las sienes, de que sus irrevocables palabras llegaran a mis oídos con la virulencia de un latigazo. La llama que prendía en mí se ha apagado por completo, ha muerto. De la misma manera que yo he muerto para él.



Su vida estaba organizada conforme a los designios de su madre. El desayuno, el orden en la habitación, la comida puntual en la mesa, el pan nuestro de cada día... todo era su madre. Su madre omnipresente.

Germán Navarro vivía gracias a su madre: entre otras cosas, ella lo había parido. Pero además su madre lo salvaba cada mañana del caos irremediable al que se vería abocado nada más poner pie a tierra si únicamente dependiera de sí mismo. Ella estaba detrás de todos sus actos, ordenando cada uno de sus movimien-

tos, no por consabidos menos indispensables: la ducha inmediata, el traje gris de cada día, el café con leche de cafetera exprés e incluso la cartera inservible en su mano derecha. Sin su madre, él no sería nada.

Hacía poco que había cumplido treinta y cinco años, y ella pronto haría los setenta y cuatro, lo que significaba que entre ambos se erigía una barrera de casi treinta y nueve años de diferencia. Tal vez por eso siempre la había visto como a una vieja, una anciana insistente llena de achaques y manías, un objeto que perdía toda su utilidad fuera de las habitaciones oscuras que delimitaban el hogar, y no como una madre amorosa que se desvive por su hijo.

Más allá de su madre, Germán Navarro estaba dolido con el mundo, como no podía ser de otra manera. La prematura muerte de su padre le había forzado a buscar trabajo con urgencia, y eso había dado al traste con todas sus expectativas —en el caso de que hubiera tenido alguna—. Tuvo que abandonar la vida cómoda y contemplativa de que hasta ese momento había disfrutado para entrar como empleado de base en la misma pútrida empresa donde su padre había malgastado sus casi sesenta años de vida a cambio de un sueldo mísero y un trabajo servil. Como él seguía haciendo ahora: por nada que mereciera realmente la pena.

Por eso odiaba el mundo. Y por eso odiaba a su madre también, porque representaba su lado más cotidiano, su vértice más próximo. Sólo que a su madre la necesitaba para no perecer ahogado en la desidia y el abandono. Así era su vida, y así había que tomarla. Tomarla o dejarla. De sobras sabía que no había más alternativas.

Como contrapartida, las tardes de los lunes refulgía como un rayo en el salón de masajes El refugio de Afrodita, y los viernes, sólo o en compañía de Blasco, se llegaba hasta el club Los Siete Mares a surcar sus procelosos océanos encaramado a la cintura de alguna amable náyade, cada vez más jóvenes y serviles, dicho sea de paso.

Hoy era lunes —lunes bendito, por otra parte—, así que a la salida del trabajo se enroscaría como una iguana bajo las cálidas manos de Helena en busca de cariño y consuelo, porque no había

otro lugar mejor donde encontrar acomodo a la ingratitud de la vida que aquella habitación minúscula y escueta. Como si hubiera sido entregado a la advocación de la diosa que daba nombre al local, las manos de Helena se convertían en bálsamo milagroso que todo lo sana y representaban la encarnación pura de la divinidad. Eran tan suaves, tan inmensamente líquidas, que el mero tacto desataba los nudos de ira que al cabo del día se le habían instalado a Germán en la garganta. No en vano, era Helena la única razón por la que acudía a aquel lugar.

No se trataba ni de uno de los salones más baratos de la ciudad ni tampoco de los más distinguidos, en realidad rozaba el límite de lo que él podía permitirse, pero hubiera pagado lo que le pidieran por dejar su cuerpo desnudo a merced de las manos aliviadoras de aquella mujer.

Helena lo trataba como a un señor. Lo cuidaba, lo mesaba como a un niño, le desentumecía los músculos, le limpiaba las sienes, le avivaba el sentido. Su sexo rapado era límpido y bello como la tez de un ángel. Era una ventosa que le sorbía la rabia, que lo rescataba aún vivo del naufragio, que lo libraba del desánimo y la miseria, pero sobre todo que lo redimía de la pereza, su vicio más recurrente. Helena se entregaba a él con esmero, con denuedo incluso, sin dilaciones vanas pero también sin prisa ni precipitación. Germán no tenía nada que añadir; Helena sabía todo lo que necesitaba y lo que estaba de más, y se lo daba sin economía de medios. Sin Helena, sus días en la oficina hubieran resultado insostenibles, jornadas brutalmente adormecedoras, carentes de todo sentido. Ni más ni menos como su propia vida.

Tras hacer acopio de nueva savia, Germán regresaba a su madre como todas las noches. La cena caliente y la vulgaridad de la televisión terminaban por dar jaque mate al viaje inconcluso de cada día. Pero estaba tan acostumbrado a aquella rutina que en realidad tampoco pedía nada nuevo.

Tenía muy claro que escapar de aquel laberinto exigía un movimiento drástico, un enérgico gesto de ruptura, deshacerse de su madre omnipresente, del trabajo alienante y voraz e incluso de sus noches esponjosas con Helena; significaba también renunciar a los viernes exóticos del Siete Mares, a los pechos eternos de

Sofía la búlgara o al trasero interminable de Marcia la cubana. Se hacía necesario abdicar incluso de los partidos del domingo en el bar de abajo, del café de antes y del coñac de después, de la rutina semanal de árbitros, alineaciones y amarguras que apenas variaba un ápice porque nadie lo hubiera consentido, porque aquella monotonía les hacía ser quienes eran, les otorgaba solidez. Por eso, también sabía que para él no existían alternativas asumibles.

Hasta ahí, todo correcto. Había millones de vidas como la suya coexistiendo al mismo tiempo en parecida insignificancia, millones de seres que ni siquiera sentían sus existencias como órganos sensibles en un universo vivo. Cada cual salía del pozo como podía. Y él no lo hacía peor que otros: los había más zafios aún, más miserables.

Blasco, por ejemplo, su incombustible acompañante del Siete Mares, era un modelo perfecto de abyección. Desde el primer momento, Germán lo catalogó sin la menor duda como mentiroso y embaucador, mal trabajador y traidor como marido. No obstante, se llevaba bien con él, cosa por otra parte no especialmente complicada: bastaba con no echarle en cara ninguna de sus bajezas ni de sus sucias jugadas y seguirle la conversación con naturalidad. Todo el esfuerzo se resumía en asentir cada uno de sus argumentos: «desengáñate, Germán, el que no te la clava por la espalda es porque no puede; además, si no te aprovechas tú, lo hará otro que venga detrás. La vida es así. No hay que dejar pasar la menor oportunidad». Entre otras cosas más difíciles de confesar, gracias a él supo del salón de masajes —un eufemismo que ninguno de los dos osaba traicionar—, y aunque sólo fuera por eso, debía estarle agradecido de por vida.

Lo del Siete Mares había venido antes, al poco de su ascenso al área de contabilidad, pero se trataba de algo más carnal, más pedestre si se quiere, lejos del mimo exquisito de Helena. No obstante, llegar hasta allí había representado el primer paso, el primer e imprescindible impulso que lo había animado a lanzarse hasta el nivel en que ahora se hallaba; es decir, más o menos en ninguna parte. Aunque lo que peor llevaba de todo, con diferencia, eran sus horas interminables en la oficina.

Llevaba casi cuatro años como contable —un ascenso que le

había llegado por sorpresa, cuando no lo esperaba—, pero ya sentía asco por aquel ambiente ruin donde lo habitual era fingir, aparentar, merodear como las hienas a la espera de una oportunidad. Él iba allí todos los días, veía y callaba como todos, sonreía en los momentos adecuados y disimulaba cuando se sabía observado, pero jamás había dejado escapar una palabra de más; hacía de la prudencia su virtud más preciada. Desde el mismo instante en que ponía el pie allí cada mañana, su único interés estaba puesto en que se llegase cuanto antes la hora de salida. Entre uno y otro punto, todo era superfluo, banal e insignificante.

A estas alturas de la vida, era consciente de que el mundo real que había tocado con sus propias manos no tenía nada que ver con aquellos abismos insondables que en sus noches de juventud, amarrado al hachís junto a sus amigos de entonces, los del instituto, había soñado casi sin darse cuenta, transmutados en etéreas volutas de humo que se elevaban hacia el cielo como promesa de salvación. El mundo de verdad era vulgar, sucio e inmensamente sórdido. Y había que tragarlo como la sopa de los niños: a fuerza de engaños y mentiras. Por eso, la noche en que Blasco lo emborrachó con ginebra de garrafón y lo puso bajo las fauces de aquella brasileña espléndida, al mismo tiempo le fue descubierto un mundo nuevo, exuberante, desmadrado y poco dado a sutilezas y ternuras, pero que poseía la inmensa cualidad de permitirle abandonarse a sus instintos más primarios sin preocuparse por la impresión que pudiera causar en los demás. Todo eso se lo debía a Blasco, su compañero de tropelías, el individuo más mezquino que jamás se había cruzado en su camino pero que, sin saber muy bien por qué, pareció adoptarlo como hijo predilecto al día siguiente de conocerlo.

Esa era su vida, en eso consistían sus sueños y sus desdichas: un cúmulo de nada imponentes. Pero Germán Navarro había nacido en un mundo que no dejaba espacio para veleidades ficticias. Había una exigencia real en todos los ámbitos de la vida que casi todo el mundo parecía asumir sin contradicciones, una exigencia que sobrevolaba los rostros alicaídos de los débiles y forzaba a los fuertes a marcar su territorio a la manera de los grandes depredadores: había que ser algo, y había que serlo ya, en el presente, sin dilaciones ni medias tintas, cuanto antes mejor; ser

alguien, adquirir una presencia y una identidad inconfundible y rotunda, una profesión reveladora, un estatus definitorio o una apariencia incontestable. Cualquier cosa valía con tal de que te definiera rápidamente ante un desconocido.

Y Germán había conseguido ser alguien: buen hijo, aplicado trabajador, cumplidor de sus deberes y compañero leal. Un buen vecino, sin duda. Nada de eso lo haría figurar en los libros de historia, no había motivo para que las generaciones futuras lo encumbraran como ídolo ni para que se sucedieran los homenajes a la hora de su muerte. Pero era un tipo más o menos decente, y eso, dado los tiempos que corren, era suficiente para sentirse orgulloso. A los ojos de algunos, especialmente de su madre, sólo le quedaba una cosa por hacer: fundar una familia y criar dos hermosos vástagos que dieran continuidad a la estirpe. Era lo único que le faltaba a Germán Navarro para ejercer el papel de perfecto ciudadano que tanto cuidado había puesto en representar.



Llevamos más de dos horas en este antro asqueroso y lo único que hago es tragar humo como una estúpida. No sé quién habrá instalado el sistema de ventilación, pero desde luego se ha lucido el tío. El calor y el humo no salen por ninguna parte, se eternizan en el aire como las nubes en un verano plomizo. No sé por qué gustará tanto este sitio; además del humo, del ruido y de la mala música, la gente se amontona como borregos en cualquier espacio libre, y otros aguardan impávidos en la barra, esperando el milagro de que alguien se levante y les dejé libre alguna mesa, aunque sólo sea para volver a apelonarse de nuevo con el único consuelo de tener al menos el culo quieto.

Me pasan otra cerveza; no quiero más cervezas, mira que se lo he repetido, pedirme un *gin-tónico* o yo qué sé, un *martini* blanco incluso, pero no una cerveza. Tomar más de dos cervezas seguidas me reseca la garganta, hace que me raspe la glotis. Y no son manías mías, me sucede de verdad.

Tampoco me gusta nada el nuevo amigo de Sabina. No sé de donde lo habrá sacado, a lo mejor del gimnasio ese donde última-

mente le da por meterse todas las tardes, pero desde luego tiene un gusto de lo más peculiar con los tíos. ¿Se acostará de verdad con todos los hombres con los que sale? Bueno, a mí me da igual. Allá ella con su vida. Por mí como si se tira a todo el gimnasio al mismo tiempo. Yo lo que quiero es irme de aquí cuanto antes, porque por si fuera poco hace un calor de mil demonios. ¿Cómo es que nadie parece darse cuenta? Hablan, fingen y juegan; lo demás les importa bien poco. Se mueven como marionetas, repiten una y otra vez los mismos gestos: mira esa tía, al fondo del bar, se nota que está colada por el guapetón que la acompaña. No pierde ni por un segundo su sonrisa de niña lela. Tanto teatro ¿para qué? ¿Para un simple polvo? Pero ella no es la excepción. Todos están inmersos en la misma farsa; sudan, ríen, miran con idénticos ojos embobados, probablemente dicen las mismas frases, cuentan los mismos chistes, o lo que es lo mismo, se copian unos a otros como torpes imitadores de nada. Actúan como se supone que hay que hacerlo: obedecen una ley no escrita, la que regula el modo de divertirse. En el fondo, es algo también tiene su estética: se trata de ejecutar una danza, todo el mundo bailando al mismo compás. ¿Cuántos culminarán con éxito su pantomima? La misma Sabina, aquí a mi lado, parece no darse cuenta de que se comporta exactamente igual a hace unas semanas, cuando vino con aquel *sudaca* que bebía como una esponja, o a hace unos meses, cuando nos presentó a aquel tipo escueto, rígido y soso como pocos pero con los ojos más profundos que recuerdo haber visto nunca.

No sé por qué quedo con ella. Bueno, sí que lo sé. Si me quedara en casa sería aún peor: mis padres, la televisión, o en su lugar el último libro de Juan José Millás, qué más da, en el fondo es todo lo mismo. Por eso tengo que quedar con Sabina, y también con Diana, con Bea y Ricardo, o con Lucy en ocasiones, cuando viene con nosotras, porque otras veces vete a saber con quién se junta. Y es que a esa muchacha la encuentro cada vez más desordenada, más desorientada incluso: «me voy unos días a casa de mi hermano en Madrid», nos dice, aunque luego no vuelve en un par de meses, y después nos enteramos de que ha estado en Ibiza con no sé quién; o «este verano voy a hacer la *transahariana*, he conocido a un grupo de gente de ésta a la que le gusta ir por ahí a su aire, van con su propio *jeep* y les queda hueco para uno más»; o «no

aguanto un día más en este trabajo, lo dejo, ya estoy harta de vender barras de pan los domingos por la tarde, cuando nadie entra ni para refrescarse con el aire acondicionado; y encima por la mierda que me pagan».

Lucy siempre ha sido la voz discordante, el espíritu crítico *per se*. Al principio eso me hacía simpatizar con ella, me gustaba que hubiera alguien que no aceptara las cosas porque sí. Era la más abierta de todas, la más desvergonzada también, y siempre parecía ir por delante del resto. Era la más llamativa a la hora de vestir y a la que menos le importaba el qué dirán. Es más, creo que disfrutaba yendo contracorriente. Pero al final ha acabado por salirse de madre, se fue de casa demasiado pronto sin tener trabajo ni ningún tipo de ingreso estable, y luego, cuando entró a vivir con aquel *hippytan* guarro que a todas nos daba tanto asco, nos pareció que se estaba pasando de la raya. Pero allá Lucy con su vida. Aunque la verdad es que hace mucho que no sé de ella. Luego le preguntaré a Sabina, a lo mejor la ha visto hace poco; aunque con el ritmo que lleva con el cachas éste, no sé si voy a tener ocasión de decirle nada.

¡Vaya tío, el cachas! No quiero ser mala, pero ahora entiendo el porqué de la obsesión de Sabina por el gimnasio, el *fitness* y todas esas chorradas de ejecutivos estresados. Aunque, bien mirado, de cara es más bien feo, y no se distingue por ser ingenioso ni ocurrente ni nada parecido. Sabina no tiene buen gusto para elegir a los tíos. O eso, o se conforma con cualquier cosa. Hace unos meses, sin embargo, vino con uno bastante majo, la verdad es que ya a primera vista nos pareció distinto a los demás, más elegante, mejor puesto, como si supiera cuál es su sitio. He de reconocer que me agradó bastante, era lo que se dice un tipo interesante. Podías hablar con él, no es que fuera un intelectual ni mucho menos, pero derrochaba sentido común. Y eso es algo que aprecio cada vez más, especialmente en un tío. Porque encontrar un hombre medianamente lúcido hoy en día es casi una odisea; conoces a uno, intercambias dos o tres frases de compromiso, y ya te está tirando los tejos, si no metiendo mano descaradamente. Éste además era bien parecido, «curioso de ver», a decir de Diana. Y eso no es normal en Sabina, que aparezca con alguien más o menos decente, quiero decir. Recuerdo que hablamos de

literatura y que me comentó algo sobre dos o tres escritores de los que yo no había oído nada en absoluto. Se notaba que estaba al tanto, que sabía de lo que hablaba. Luego, sin concederle importancia, casi como sin querer, nos contó que el mes que viene se iba a Sicilia para asistir a un congreso de gerontología, ¡y es que encima el tío era investigador o algo así! En fin, que después de aquella ocasión ya no volví a verlo más. Una vez le pregunté a Sabina qué era de su vida, pero no me dio muchos detalles, como si no guardara un buen recuerdo suyo. Y como de pronto tuve miedo de que llegara a pensar que yo estaba interesada en él, preferí no insistir más y dejé el tema de lado.

Ya son las tres. Empiezo a tener sueño. Bien a gusto me iría ahora mismo a mi casa, pero como se me ocurra mentar siquiera la posibilidad de dejarlas, ya me veo otra noche escuchando las mismas frases: «pero bueno, Carla, si acabamos de salir...», «no me digas que ya tienes sueño, ahora que esto comienza calentarse», «Carla, tía, que tienes veintiséis años, no te comportes como una vieja». Así que mejor no decir nada. Aguantaré un poco más, y cuando vea que comienzan los bostezos, me uniré al concierto y entonces ya nadie podrá disuadirme. Es lo de siempre. Debería estar acostumbrada.



Mañana tenía partido de tenis. No le gustaba mucho jugar los domingos, sobre todo a horas tan tempranas, pero se había comprometido con Vergara, y aunque nada había que le apeteciera menos que intercambiar ridículas pelotitas verdes con aquel individuo, Vergara era su jefe. Así que no le quedaba más remedio que asir con fuerza la raqueta y tratar de ofrecer adecuada respuesta a sus irresistibles *drives*. Ni más ni menos que como hacía siempre.

Germán era buen deportista en general. Se apañaba mejor en deportes individuales que en los de equipo, pero tampoco desentonaba cuando de jugar al fútbol o al baloncesto se trataba. Desde pequeño, siempre había destacado por sus aptitudes físicas. En el colegio era de los primeros en ser elegido a la hora de formar los equipos. No era un tipo fuerte, pero estaba bien proporcionado;

poseía agilidad y la suficiente resistencia muscular para adaptarse sin problemas a cualquier tipo de juego. Uno de sus mayores hitos fue aprender a nadar solo, a base de imitar a sus compañeros en la piscina del barrio, donde pasaba la mayor parte del verano. En lo que a correr se refiere, no era de los que más aguantaban, pero en las distancias cortas se hacía difícil superarle. Un año llegó a participar en el equipo de voleibol de su parroquia, y aunque destacaba por su capacidad de salto, al año siguiente lo dejó porque los sábados debía madrugar mucho para acudir a los partidos. Con algo más de constancia, Germán podía haber llegado a destacar en alguna disciplina, pero desde muy joven tuvo claro que aquello sólo le interesaba como diversión; cuando había algún otro interés puesto en el juego más allá de la simple victoria o el orgullo personal del desafío —como le sucedía con los partidos de tenis contra Vergara—, el deporte perdía todo su atractivo.

Aquella mañana había dormido hasta casi el mediodía. La noche anterior Sofía la búlgara lo había entretenido más de la cuenta, y por ese motivo se había acostado tarde. Los fines de semana, por lo general, a Germán le gustaba levantarse pronto, nunca más tarde de las diez. Eran las horas más tranquilas del día, apenas había ruido en las calles y la luz era más tenue, más sosegada. A veces salía a correr un poco por el parque; otras, tomaba su vieja bicicleta y se llegaba pedaleando hasta alguna localidad próxima, nunca a más de treinta o cuarenta kilómetros; en ocasiones, por el contrario, se limitaba a sentarse en la terraza y releer como por descuido algún viejo libro de poemas de los muchos que guardaba de su época de estudiante, especialmente de autores proclives a envolver sus palabras en ráfagas de sensualidad y erotismo, como Aleixandre o Gil de Biedma.

No era muy dado a las artes; no obstante, la poesía le apasionaba. Había algo en aquella economía de signos que le resultaba fascinante, que le llegaba hasta lo más hondo, que despertaba escondidas emociones o producía en su piel cosquilleos nunca antes sentidos. La poesía condensaba los elementos más puros y más inciertos de la vida: el deleite por el detalle, el juego de símbolos. Para Germán, la poesía tenía el don de decir tanto como callaba, revelaba pulsiones profundas, recreaba miradas apenas sentidas, se escurría entre los miembros, hacía líquida la palabra,

la volvía intangible y a veces hasta la devoraba, como los dedos sagrados de Helena. Fuera de la poesía, la palabra se convertía en máscara, en trampa, en simple metonimia que degrada lo que toca, que trivializa y pervierte: en pura mentira. Fuera de la poesía, estaba el mundo.

Una vez más, sin darse cuenta, habían vuelto a su cabeza los dedos sagrados de Helena. Pero ya era tarde, y aquella casa, el lugar menos indicado para mentar a su diosa. Su madre, que lo habría oído levantarse, le tendría preparado el desayuno de cada día: un café con leche bien caliente y el correspondiente surtido de bollería. En este momento no tenía hambre, pero consentiría en untar un par de magdalenas, aunque sólo fuera por no hacerle un feo.

—¿Te preparo un huevo frito? Ya he bajado a comprar pan. Está recién hecho, como a ti te gusta.

El café amargo, apenas media cucharada de azúcar y un chorrito de leche, sólo para dar color; con eso bastaba. Hoy lo prefería así. Otros días llenaba la taza de leche hasta los bordes y luego la endulzaba con tres o cuatro cucharadas de azúcar. La cantidad dependía de la calidad de su indolencia. Hoy se sentía especialmente apático, así que el café amargo podía servirle de revulsivo. Y como decidida a impedirle el disfrute de su desayuno, ahí estaba su madre otra vez, insistente hasta la asfixia.

—Cada vez desayunas menos, Germán, y desayunar bien es básico para sobrellevar el resto del día.

¿Tenía algún sentido contestarle? ¿Iba eso a cambiar su idea de las cosas? La culpa la tenían esos estúpidos programas de televisión que se habían otorgado la misión de adoctrinar y reeducar a los mayores, tratándoles como a unos ignorantes crónicos. Sin embargo, era mejor no enfadarse, sólo había que tener un poco de paciencia: ahora la vieja saldría a dar una vuelta, se llegaría hasta la iglesia, rezaría sus *padrenuestros* de rigor y con eso ya tenía echada la mañana; después sólo le quedaba volver a casa para preparar la comida. Era absurdo pretender variar un ápice sus costumbres, una rutina que por supuesto incluía la dedicación absoluta a su hijo.

—Hoy no tengo hambre, mamá, ayer cené más de la cuenta.

Sus padres se habían casado tarde, sobre todo para lo que se estilaba en aquella época, y esa circunstancia les impulsó a tener hijos con celeridad. Ella tenía treinta y ocho y su padre cuarenta y dos cuando él vino al mundo, exactamente nueve meses después de la boda. Y tras dar a luz, como una fiel adepta a la que se le acaba de permitir la entrada en una congregación altamente prestigiosa y exigente, la mujer comenzó a asumir el rol materno con total devoción, como si en eso consistiese su única misión en esta vida. Y en ese mismo empeño continuaba todavía.

Germán esperó a que su madre se fuera a la iglesia y después se sentó en el sofá. Tomó el mando a distancia y puso el canal de deportes, donde a esa hora retransmitían en diferido un intrascendente encuentro de fútbol americano. Acto seguido fue a una de las ventanas y se asomó a la calle: el día había amanecido totalmente despejado, parecía una buena ocasión para practicar *jogging* durante un par de horas.

Sin embargo, hoy se sentía cansado, como si el cuerpo le estuviera pasando factura por algo. Es verdad que anoche Sofía se había entregado con más ímpetu de lo habitual, pero estaba convencido de que aquello no tenía nada que ver con su fatiga —el sexo lo revivía, le proporcionaba nuevas energías—; si quería buscar una causa, debería indagar en el origen de la apatía que se había incrustado en su ánimo desde hacía días, que tal vez no tuviera un origen claro y definido pero que parecía ir horadando su entusiasmo con la lentitud y la eficacia de una oruga. Pero ahora no estaba para ridículas elucubraciones. Y menos aún cuando todavía era capaz de sentir sobre su piel las caricias sedosas y los labios húmedos de Sofía, su puta preferida.

Sofía era una de las chicas más complacientes del Siete Mares, y por eso Germán la buscaba siempre que podía. Uno nunca puede saber estas cosas a ciencia cierta, pero juraría que ella llegaba a disfrutar realmente con él. La muchacha llevaba poco tiempo en el club, había sido una de las últimas incorporaciones, pero desde el primer momento se sintió atraído por sus profundos ojos verdes y su torso delicado; pocas veces hablaban entre ellos, se limitaban a follar y punto, aunque a Germán no le hubiera importado escuchar de su propia boca los avatares su infancia, qué hacía en

España o quién la había traído. Se decía que había venido engañada, víctima de una de las muchas mafias que en aquellos lares se dedican al tráfico de mujeres, pero no daba la impresión de sentirse presionada por nadie. Germán había llegado a creer que había algo de vocacional en su trabajo. Él conocía a bastantes prostitutas, hacía varios años que frecuentaba el Siete Mares y otros locales de alterne, y nunca le había parecido que ninguna de aquellas chicas estuviera allí contra su voluntad. «Los medios de comunicación necesitan carnaza, y la historia de unas pobres jovencitas desvalidas siempre vende bien», se decía mientras la mirada se le iba tras un viejo cuyos pasos apenas si avanzaban más allá de un palmo; «ser puta es tan digno como trabajar en una oficina, y mucho menos humillante que arrastrarse como una babosa ante los superiores, como hace el cerdo de Vergara». Además, él era un buen cliente. Las trataba bien, siempre las invitaba a algún trago y muchas veces dejaba propina. Por eso lo acogían con tanto agrado y se esmeraban en complacerle. Sin embargo, era justo reconocer que no todos se comportaban con su elegancia. Por ejemplo, había tipos más bruscos y vehementes, algunos tremendamente hoscos, que en más de una ocasión habían dado lugar a peleas y riñas violentas; también los había de carácter hosco, antipáticos a conciencia, tipos mezquinos que parecían odiar a todo el mundo; y estaban asimismo los extremadamente simpáticos, los que sonreían constantemente y bromeaban con todo el mundo para demostrar que la vida estaba de su lado y para que quedase bien claro quiénes eran y hasta qué punto les embriagaba la dicha. Sin embargo, esos eran los que menos soportaban las muchachas, tal vez porque aquella manera de marcar diferencias resultaba más hiriente que el desprecio y la ira de los más necios.

Germán era de los más discretos; nada de alharacas innecesarias, sólo el gesto imprescindible, la palabra adecuada, aunque siempre observando un absoluto respeto por todas. «La sobriedad es la mejor arma», pensaba, y desde luego aquélla era una máxima que continuamente trataba de poner en práctica.

Pero tampoco había por qué engañarse: ellas no eran unas monjitas de la caridad precisamente. Recordaba, por ejemplo, a una muchacha de Cádiz, extremadamente malhumorada, que